

¡Oh cueva de Belen! tú eres, en realidad, afortunada y gloriosa, toda vez que mereciste recibir en tu recinto á Aquella, en cuyas castas entrañas albergábase, bajo humanas apariencias, el Criador del universo. ¡Oh! qué cosas tan grandes se referirán de tí, solo por haber dado acogida durante una noche á la Madre del Señor! Eso probará que Dios te amó, verdaderamente, más que á todas las tiendas magnificas de Jacob (1). Sí, puesto que en tu oscuro seno cumplirás la misericordia más grande que vieron los siglos; el beneficio de la Redencion, con el nacimiento del tan suspirado Salvador de la tierra. Inclinémonos, hermanos míos, ante el portal de Belen, y besemos, reverentes, su suelo, puesto que aquel es el tabernáculo santo del Dios de la Redencion (2). ¡Oh desdichada Belen, que no tuviste un ángulo para albergar al Hijo de Dios! semejante hecho demuestra, que la sociedad que existía entónces (la humanidad corrompida por la culpa original), nada tenía que ver con Cristo, y que su fin había llegado: y demuestra tambien que Cristo, al cual rehusó recibir en su seno, porque no participaba de su corrupcion, y que por lo mismo, que nada tomaba de ella, era, como debía ser, immaculado, segregado de los pecadores; vestido, sí, de la humanidad; pero de la humanidad purísima que había tomado del seno virginal de su Madre, María, daba principio á un nuevo mundo, una nueva humanidad, una sociedad nueva, y un nuevo orden de cosas y de siglos.

Y ese es el fundamento ¡oh Virgen bella y divina! de tu inefable grandeza, que excede á toda concepcion humana y angélica, mostrándonos claramente tu original integridad, por la cual fuiste digna de hospedar en tu seno al Hijo de Dios! Y sin embargo, ¡oh dolor! en el momento mismo en que debías darlo á luz, nosotros te vemos obligada á guarecerte en una miserable cueva, en una noche crudísima de invierno, donde á duras penas se refugiaban los animales al verse acometidos por la tempestad. ¡Ah! en vista de un suceso tan extraordinario, nuestra razon se confunde y nuestro corazon siéntese desgarrado por el pesar. Solo para Tí no debía haber un ángulo para albergarte en la ciudad de tus abuelos; para Tí, hija primogénita del Altísimo, flor de belleza, de inocencia, y excelsa sobre todas las hijas de Israel! para Tí, ya madre, hacía nueve meses, del Criador del universo; y en el corazon de un rigurosísimo invierno. ¡Ay de tí, oh Belen, vituperio de Israel! ¿Qué dirán de tí las futuras generaciones, cuando la gloria de esa Virgen, unida á la de su Hijo, sea la

(1) PSALM. LXXXVI, 1.

(2) Præ. Liturg. in Nat. Dom.

gloria mayor del universo? Empero ¿qué digo, oh santísima Virgen, si nosotros mismos, infinitamente peores que los hijos de Judá, los cuales, al fin y al cabo, no te conocían; nosotros, que sabemos cual es tu excelencia y tantas veces hemos experimentado tu tiernísimo afecto, te rechazamos tan brutalmente de nuestro corazon para hacer reinar en él las infames pasiones del mundo, de la carne y de la sangre? ¡Oh, Madre de misericordia! ten piedad de tus ingratos hijos, que ya ni siquiera merecen pronunciar tu dulce nombre! Ten, sí, piedad de nosotros ¡oh María! que ya detestamos tanta iniquidad, y prometemos una saludable enmienda. Sí ¡oh Madre amorosa! nosotros, desde hoy en adelante, queremos ser enteramente tuyos; amarte á Ti sola, despues de Dios, Hijo tuyo y Redentor nuestro; queremos amarte para siempre, con todo el afecto de nuestro corazon, para ser siempre tuyos, y únicamente tuyos, en este mundo y en la eternidad. ASÍ SEA.

---

## DIA VEINTE.

---

### MARÍA VÍRGEN Y MADRE.

*Peperit filium suum primogenitum  
et reclinavit eum in presepio.*

Parió á su hijo primogénito, y recostóle en un pesebre.

(Luc. II, 1.)

Infinitas son las diferencias que median entre los hombres y Dios, hermanos míos, y la principal consiste, en que aquéllos hacen mil ofertas de ayuda, de amistad, de proteccion en todas las necesidades de la vida, y no cumplen ninguna; miéntras que la palabra del Señor permanece eternamente. Laban jura á Jacob darle por esposa á Raquel, si le ayuda durante siete años en la tarea de apacentar rebaños: y Jacob acepta el pacto y cumple todo el tiempo del largo sa-

crificio; entónces Laban, faltando á lo prometido, se muestra el hombre más desleal é ingrato de la tierra (1). Saul promete á David darle su hija Micól, si se ve con ánimo de derribar al gigante Goliath y otros mil Filisteos; y David, lleno de noble atrevimiento y confiando en el Dios de sus padres, emprende la lucha y la lleva á efecto; pero Saul, en vez de darle, agradecido, la merced prometida, le hace blanco de sus fieras persecuciones, hasta en los últimos desiertos de Farán (2). No se vaya á creer, que esos fueran hechos, del todo personales, de los cuales no pueda deducirse lo universal: por el contrario, es esta la dolorosa historia de todas las generaciones pasadas. Muy al contrario obra Dios cuando promete á los hombres su infinita misericordia: su palabra es decreto infalible de su sabiduría, que nunca falta. En efecto; yo veo á Abraham hecho padre de una generacion inmensa, solo porque se mostró dispuesto á sacrificar á Dios su único hijo Isaac, como se lo había ordenado (3). También veo á Moisés, que conduce á través del Eritreo para la conquista de la tierra prometida á su pueblo, libertado de la esclavitud egipcia, tan solo porque, dócil á los divinos mandatos, se presentó intrépido á Faraon, y, en nombre del Dios que le enviaba, le intimó que dejase libre á la nacion hebrea (4). Pero de esta verdad tan consoladora voy á ofreceros esta noche una prueba magnífica y solemne sobre todas las demás; prueba que, llenos de entusiasmo religioso, os haga exclamar con el profeta: «Alabad al Señor, porque es bueno; porque hace brillar eternamente su misericordia (5).» Y esta prueba es el prodigio más estupendo que haya podido admirar el mundo, esto es, el nacimiento del Salvador prometido á nuestros primeros padres en el Paraíso, mostrado á los Patriarcas en un porvenir lejano, vaticinado por los Profetas, y suspirado largo tiempo por las naciones todas. Miétras la tierra se consideraba completamente abandonada á desesperada desolacion, ese nacimiento vino á alegrarla con la más magnífica de las redenciones. Vais á verlo, despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

Anoche dejamos á José y María en la cueva de Belen; cueva que servía de abrigo á los viandantes, y donde los pastores acostumbraban reunir sus rebaños en las noches borrascosas. Natural es

(1) GÉNES. XXIX.

(2) I. REYES.

(3) GÉNES. XXII.

(4) EXOD. IX.

(5) PSALM. CXVII.

inferir, que, ante todo, darían fervorosas gracias á Dios por haber encontrado aquel refugio: y luego José, como podeis imaginaros, acomodaría del mejor modo posible en el rincon más á propósito de la cueva, sobre la escasa paja y el heno que pudo recoger, á la Virgen divina: y luego despues de retirarse él á otro rincon con su jumento, su único convoy, se recostaría sobre su estera de juncos, meditando los misterios de la infinita sabiduría divina. Al ver reducido á tanta humildad, por no decir miseria, al más virtuoso de los hombres, no podemos ménos de sentir, hermanos míos, embargado nuestro ánimo de tiernísima compasion, diciendo interiormente: ¡hé ahí lo que es el mundo! Allá en la ciudad, se canta y se baila al son de flautas y al ruido de címbalos y de tamboriles, despues de haber cenado opiparadamente; y aquí, en esta cueva misteriosa, la Madre de Dios, el ángel de la inocencia y de la belleza, el honor de la casa de David con su esposo José, tras un largo y en todos conceptos penosísimo viaje, se encuentran sin humano socorro, sin un lábio amigo que les sonría, acurrucados sobre un poco de heno, y mal defendidos de la humedad de la noche, que de continuo penetra y molesta aquella tan mal acondicionada cueva. Muy justa es, hermanos míos, esa compasion. Pero si esta piedad es verdadera, ¿por qué no nos enternecen tantas escenas de dolor que contristan igualmente á todo el mundo, tantas familias pobres, que no pueden saciar su hambre, ni cubrir sus desnudos miembros; miétras tanto que nosotros, satisfechos con toda comodidad, y vestidos de fiesta, y muchas veces más de lo que consentiría la virtud cristiana, altivos y soberbios, solo pensamos en el triunfo de nosotros mismos? Y no lo digo precisamente por vosotros, pues, al veros celebrar con tanta piedad el mes de María, me complazco en pensar que sois pródigos y generosos en toda suerte de caridad: pero ello es, que esa crueldad se encuentra en el mundo con harta frecuencia, y en personas que, por otra parte, presumen de católicos practicantes, que tienen humanidad y son generosos. ¡Cuántas familias hay, especialmente en la estacion de invierno, cuyos padres no saben cómo suministrar un pedazo de pan á sus hijos, que lloran de hambre; y, frecuentemente, madres, que por falta de alimento no tienen leche para alimentar á los infantes colgados de sus pechos! ¡Ah! procurad vosotros los que me escuchais, remediar hasta el punto que vuestras respectivas facultades lo permitan, esa necesidad, ó más bien esas desgarradoras miserias de la sociedad civil; hé ahí el verdadero campo de la caridad cristiana; hé ahí la verdadera filantropía del Evangelio, que nos muestra verdaderos hijos de Dios, y nos hace amar y reverenciar de todos: esta es, en una palabra, la

senda que conduce al Cielo. No, no debemos, como lo hace el mundo, pagarnos de apariencias y contentarnos de ser caritativos y humanos con palabras: hechos se requieren; y puedo deciros, que en el día del juicio, muy espantosa y tremenda será la manifestacion de la crueldad, á la cual la avaricia, la indiferencia ó el vicio arrastró á no pocos falsos católicos, que profanan así un título tan augusto y venerando.

Ahora volviendo á María y José, bien podemos creer, que el venerable Patriarca, en vez de dormir, por más que estuviera rendido de fatiga, vigilaría por la seguridad y reposo de la mujer divina que la Providencia le había confiado, y en la cual se maduraban las esperanzas de todos los siglos. Miétras tanto, los designios de Dios habían llegado á su cumplimiento. La noche silenciosa, y como envuelta en profundo misterio, cubría toda la creacion: no se oía el más leve rumor de persona, ni el susurro de las hojas, ni aún el ronquido del céfiro nocturno que diese señales de vida: solo resonaban, de vez en cuando, el plañidero graznar del buho, y el ronco quejido del mochuelo, salidos de la cueva en busca de presa. Cuando hé aquí que tocando á su zénit la estrella vespertina anunció, que la noche había andado la mitad de su camino (1); y en el mismo instante, el Verbo divino, hecho hombre en el seno de María, entró visiblemente en este mundo. El amor materno diole á ver á su Madre, que le estrechó entre sus brazos arrobada en éxtasis de júbilo celestial, le calentó con el aliento de sus besos, cubrióle con parte de sus pañales, recostole en un pesebre que había allí, y fué la primera en adorarle; la primera y la sola persona que entónces le adoró; la sola generadora humana, la sola auxiliadora, la sola testigo, y, en aquel momento, la sola adoradora humana de Cristo. El parto de María, incomprendible á toda inteligencia humana, fué tambien invisible á los sentidos de toda criatura. Y cuando el día penetró en la oscura cueva, encontró allí á Cristo nacido de Élla, su verdadera Madre.

Se ha realizado, pues, hermanos míos, la generacion temporal del Rey del Cielo y de la tierra, pronosticada por tantos Profetas y suspirada largos siglos por el pueblo de Dios: la venida al mundo de Aquel, que separando en otro tiempo de la confusion del caos los elementos de la luz, hizo aparecer espléndidamente desplegado el manto de su arco iris: de Aquel, que en la bóveda azul de los cielos sembró multitud de estrellas, las cuales, recorriendo sus órbitas á

(1) «Dum medium silentium tenerent omnia, et nox in suo cursu medium iter aberet, omnipotens sermo tuus, Domine, de cælo, a regalibus sedibus venit.» SAPIENT. XVIII, 14, 15.

manera de armoniosas danzas, celebran y ensalzan la obra de la creacion. Aquí está, en este pesebre, y sobre un poco de heno y paja; aquí resplandece la generacion temporal del Hijo de Dios criador del universo, á cuya indicacion obedecen los relámpagos, los truenos, los vientos, y hasta los espíritus de los abismos. No hay allí finos pañales para envolverle, ni suaves auras en que respirar deliciosamente; ni siquiera una cuna de mimbres, cual la tuvo su siervo Moisés. El que á la vista de este espectáculo no siente su alma ahogada de ternura, no me hable de humanidad, de amistad, de virtud ni de santos afectos, pues bien á las claras muestra, que es un compuesto de lodo y de abominable corrupcion.

Asomó el alba, y al penetrar su primer rayo en aquella cueva, la luz, criada desde tantos siglos, sirvió para Aquel que la crió, iluminando las sombras en que estaba envuelto, y retratando la imágen de aquel agraciado rostro, que había de dar nueva belleza y nuevo esplendor á la tierra y al Cielo. Nunca la luz, criatura tan antigua y tan noble, había desempeñado un servicio tan glorioso como en ese día, siendo mensajera de Jesucristo, á cuya alma llevó las impresiones del mundo exterior, y á las demás almas las impresiones de sus formas visibles, que Él había tomado por obra del Espíritu Santo en las entrañas purísimas de su madre María. Despues de María, José fué el primero de todos que vió, y á la vez, fué visto por Jesús, siendo muy natural que la Virgen le llamase para mostrarle aquel Niño divino, y al mismo tiempo mostrar su esposo á Jesús, solicita de imprimir en el alma del Niño las facciones de un hombre tan justo y á quien era Élla tan deudora. ¿Y quién podría expresar aquí lo que sentirían en sus corazones en aquel momento? José, enteramente absorto en éxtasis de encanto y de ternura, y derramando lágrimas, le diría: «¡Oh Hijo de amor! Tú, en una húmeda cueva, y con tan poca paja!» María, empero, arrodillada ante su Hijo, lo adoraba sin proferir palabra alguna. Estaba en un éxtasis, que pueden muy bien comprender las almas que saben en qué consiste el amor divino, pero que no puede expresarse con palabras. Ella, absorta, calla y adora; y luego la gracia y la naturaleza, juntamente, la inclinan hácia el amado Hijo, al cual toma y lleva al pecho, y empieza á alimentarle con su leche virginal. ¡Pluguiera á Dios, que nuestra alma estuviese al ménos penetrada de una mínima parte de ese amor de María, en el instante de acercarnos á la sagrada mesa! entónces podríamos dar, verdaderamente, testimonio á nosotros mismos de la suavidad divina que consigo lleva el amor de Dios. Mas ¡ay! con harta frecuencia vemos, que el augusto misterio del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo es olvidado

de muchos, ultrajado por otros, y hasta blasfemado por los impíos con horribles sacrilegios.

Mientras que tales sucesos se cumplían en la cueva, en los alrededores, en la vecindad, se hallaban pastores, que vigilando por turno, guardaban los rebaños. «De improviso un Angel del Señor apareció junto á ellos, y cercóles con su resplandor una luz divina. Dijoles entónces el Angel: Vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo: y es, que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, el Señor. Y sirvaos de seña, que hallareis al Niño envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre. Al punto, prosigue diciendo San Lúcas, se unió al Angel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando á Dios, y diciendo: Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad (1)». Esto es lo primero que, apénas nacido al mundo, nos enseña Jesús, esto es, que demos gloria á Dios, el cual está en lo más alto de los cielos, y conservemos la paz en la tierra con los hombres, nuestros hermanos. Augurio de aquel precepto máximo, que en la plenitud de sus días y en su sublime misión para con la humanidad, nos intimó solemnemente, diciendo: «Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas; y al prójimo como á tí mismo:» Precepto, que es el fundamento principal y el cumplimiento de toda su ley; precepto grande, de cuyo cumplimiento depende la eterna salvación de los hombres.

Dóciles los pastores á las palabras del Angel: «Vamos, dijeron, á Belén, y veamos este suceso prodigioso que acaba de acontecer, y que el Señor nos ha manifestado.» Vinieron pues, á toda prisa; y hallaron á María, y á José, y al Niño reclinado en el pesebre. ¡Ah! esos hombres sencillos, hermanos míos, que van inmediatamente en busca de la aparecida salvación del mundo, serán en el día del juicio la condenación de muchos cristianos de nuestros días, á los cuales si se les dice: Vamos al templo á escuchar la palabra del Señor, y á recibir su celestial bendición, sonriendo desdeñosamente, os volverán burlones las espaldas, prefiriendo reunirse en lugares donde se vean libres para el desenfreno de sus pasiones. Además, dice la tradición, que aquellos excelentes rabadanes, ántes de partir para Belén, proveyeron sus zurrónes de lo mejor que tenían, frutas, leche y corderillos, y que con tales dones se presentaron á la misteriosa cueva donde se hallaba el Salvador del mundo; dejando sus

(1) Lúcas. II, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14.

(2) Lúcas. II, 15.

rebaños al cuidado de los espíritus angélicos, cuya voz acababan de oír, y cuyo maravilloso resplandor acababan de ver. Llegado que hubieron á la cueva, indecible fué la admiración de que se sintieron poseídos, viendo al Niño sobre la paja, á María en actitud de adorarle, y á José en admiración del grande misterio. Postráronse reverentes para adorarle con devota humildad, ofrecieron en prenda de obsequio los dones que llevaban, refiriendo luego á José y á María el anuncio del Angel, el revelado misterio, y los armoniosos cánticos que habían oído. El corazón de la Virgen y José rebosaron de nuevo gozo con motivo de estas francas demostraciones de los inocentes pastores, que dichosos ya por la bendición del Señor, y lleno su ánimo de nuevas esperanzas para la tierra, volvieron á su grey, glorificando á Dios, y difundiendo por las montañas la alegre nueva de haber nacido el Salvador del mundo (1). ¡Oh noche! oh alegría! oh esperanzas! oh misterio!

En verdad, que la narración evangélica de la natividad de Jesús en el pesebre de Belén deja una paz en el alma, cierta dulzura y armonía dignas de proceder del corazón de María. Aquel Niño nacido pocas horas ántes; aquella Madre y aquel José que están á su lado; aquellos pobres y sencillos pastores, que entran y los contemplan llenos de fé y admiración; aquellos Angeles, que conversan con los hombres; aquellas voces celestiales que resuenan por los espacios; aquella aura de paz, de piedad y de benevolencia, que se difunde en aquellos corazones; y el sorriso de la naturaleza en medio de aquella luz tan brillante; al paso que demuestran la divinidad del hecho, son como un esbozo, no ya de una sociedad nueva que se reforma con nuevos propósitos y costumbres nuevas, sino de una nueva humanidad y de un nuevo universo que nacen al rededor de Jesucristo. ¡Dichosos nosotros, hermanos míos, que, mediante la fé, tenemos la dicha de celebrar cada año las maravillas de aquella noche tan hermosa y santa, puesto que en todas partes donde resuena el nombre cristiano, se celebran con inefable ternura los sagrados misterios de la cueva de Belén! Y aquí me es grato haceros notar, que la sensible representación de este dulcísimo misterio que lo retrata, asemejándose lo más posible al que tuvo lugar en la cueva de Belén, se debe á mi seráfico Patriarca San Francisco, que en Grecia se dedicó, ántes que todos, á componer el sagrado pesebre, perfecta imitación del que hubo realmente en la cueva de Belén, para que pudiesen todos ver con sus propios ojos al dulce Niño sobre la paja, en medio de dos anima-

(1) Lúcas. II, 17.

les, con María, que, presente y extática, le adora allí, y el venerable José, que está fuera de sí de alegría, y en todas partes los Angeles que cantan la gloria del altísimo Señor de los cielos, y á los pastores de las vecinas montañas, que concurren para reconocer y honrar con humildes dones á su divino Salvador. ¿Y quién en semejante representacion no siente palpitar su corazon conmovido hasta derramar lágrimas de ternura? ¡Oh noche! oh Francisco! oh divina representacion de amor, la más bella, la más placentera y alegre de cuantas se hayan celebrado! Puesto que mediante ella, hermanos míos, cada uno de nosotros puede dirigir á sí mismo aquellas elocuentes palabras que san Jerónimo dirigia á su amada Marcela: «¡Oh Belen! aquí, en esta humilde cueva de la tierra, nació el Criador de los cielos! aquí le visitaron los pastores! aquí los Angeles cantaron gloria á Dios en las alturas!»

¡Oh! sí; nosotros te adoramos, amable Hijo de Dios y de María, hecho hombre, y nacido á la vida por nosotros en condiciones tan miserables. Sí; te adoramos postrados á tus plantas, como si estuviéramos en la misteriosa cueva, que te acogió cerca de Belen, en vez de la córte celestial donde unigénito del divino Padre formaste el esplendor de los Santos, ántes que apareciese la estrella de la mañana (1), ó sea, desde la eternidad, ántes de los siglos. ¿No fué el amor ¡oh Jesús! el que te hizo descender á la tierra, y empequeñerte y anonadarte por nosotros? ¡Misterio estupendo, adorable sacramento de un Dios hecho hombre en las entrañas de la Virgen, y nacido en un pesebre en medio de dos animales! Y tú, alma mía, ¿qué piensas al meditar en este portento de amor? Admira, ahora tu dignidad, pues el Hijo del Altísimo se dignó descender sobre esta tierra, y tomar nuestra miserable naturaleza para redimirte y salvarte. ¿Comprendes hasta qué punto te amó? No satisfecho con haberte criado, y sostenido cuando pecadora, quiso revestirte de la gracia, haciéndose nuestro hermano, segun la carne, habitar con nosotros, soportar todas nuestras miserias y participar de todos nuestros dolores, lo mismo Niño que jóven y hombre perfecto, hasta la muerte. ¡Ah! vuelve tus miradas al pesebre de Belen, y contempla aquí al tierno hijo de María; y si te queda aún un poco de ternura en el corazon, confúndete de tu conducta, y llora tus extravíos. ¿Dónde está la gratitud que debes á tu Dios; dónde el amor que exige aquel amor infinito, que te demostró de un modo tan admirable; dónde la fé, cuando ménos, en su divinidad? ¡Oh María! Madre nuestra amorosa,

(1) PSALM. CIX.

no tenemos valor para presentarnos á tu divino Hijo, bien que las auras que en este día respiramos, sean auras de misericordia y de amor. Esto es, precisamente, lo que nos llena de confusion y de vergüenza. Di, pues, Madre dulcísima, dile á tu amado Hijo, que estamos arrepentidos de nuestros pecados; que estamos resueltos á amarle en lo sucesivo con todo el afecto de nuestro corazon; que postrados á sus piés, le juramos constante fidelidad; y que de ahora en adelante, con el divino auxilio y tu amorosa intercesion, no faltaremos nunca á nuestros deberes, á nuestros juramentos y á nuestra fé; que sólo Él será eternamente el objeto de nuestras delicias; y en todos nuestros actos proclamaremos su bondad, y cantaremos su infinita misericordia, por todos los siglos de los siglos. Así SEA.

## DIA VEINTE Y UNO.

## LOS MAGOS DE ORIENTE Y LA ESTRELLA.

*Vidimus stellam ejus in oriente, et  
venimus adorare eum.*

Vimos en oriente su estrella, y hemos  
venido con el fin de adorarle.

(MATTH. II, 2.)

Hermanos míos, cuán bueno y misericordioso es Dios, tanto es admirable en sus designios, muy superiores á nuestro corto alcance; por cuyo motivo los hombres, que ahora le acusan tan fácilmente de parcialidad, se verán obligados á confesar su infinita sabiduría y justicia en el dia del juicio final. Para comprender esta verdad importantísima, no olvidéis la historia de los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob. Léese en los Libros santos, que uno de ellos fué repudiado por Dios, miéntras que demostró al otro el más tierno amor. A primera vista, parece esta preferencia una iniquidad: pero quien considere que Esaú por un miserable plato de lentejas vendió,